

Tal vez como en ningún otro género literario se cumple aquello de «el estilo es el hombre». La identidad de la obra con «la forma de ser» del autor caracteriza al ensayo. Sus particularidades estilísticas lo presentan como un género ágil, libre y abierto.

La calificación de «ágil» surge naturalmente de su esencia entusiasta. Resulta inconcebible un ensayo pesado, porque su naturaleza está en el asombro de descubrir la interioridad y en la cordialidad de querer expresarla. Alguien podrá recordar, sin embargo, que tal o cual autor es farragoso, duro. Su texto, entonces, fracasó como ensayo, porque el entusiasmo está en su esencia y sólo puede haberse aplicado a otros productos la denominación de ensayo por falta ocasional del término más apropiado.

El estilo del ensayo es «libre» porque carece de ataduras. No está sometido a exigencias externas que acomoden la expresión a un molde predeterminado. La libertad que experimenta el autor al elaborar su texto y al indagar en su «yo,» se respira en la obra. También el lector participa de ese ejercicio de la libertad creadora al entrar en conjunción con el escritor. El aliento de libertad que vive el ensayista, lo reclama también en el contexto en el que desarrolla su labor. De tal correspondencia deriva la necesidad de un clima político libre para que se expanda la actividad del creador de ensayos. Esta relación fue destacada por Marcos Victoria, quien notó la ausencia de ensayistas sustanciosos en tiempos de autoritarismo, circunstancias en que destinan el poder de su lenguaje para exigir la eliminación de restricciones y la vigencia de la tolerancia y el respeto.

La condición de «abierto» se refiere a un estilo que no está dado de antemano, sino que se va haciendo. Como la advertencia de Machado a los caminantes, el ensayista «hace camino al andar». Tiene frente a sí infinitas posibilidades y no está sujeto a una norma fija. Al escribir, el ensayista está dando testimonio de su libertad mediante la apertura de las numerosas puertas y ventanas que permiten avizorar su interioridad, familiarizarse con ella y exhibirla luego en franca confianza.

El ensayo tiene carácter englobador en dos sentidos: por su capacidad para incorporar los diversos tipos de discurso y por su amplitud temática. Ningún asunto le es ajeno y sólo necesita del genio de un autor para ingresar en el dominio del género. Cuestiones que por su organización, su forma de manifestarse, sus relaciones, parecen apropiados para andar otros caminos literarios, menos el ensayo, se convierten en ricos temas ensayísticos cuando un escritor vuelca sobre ellos su mirada escrutadora y los integra en su campo de observación. Alguien po-

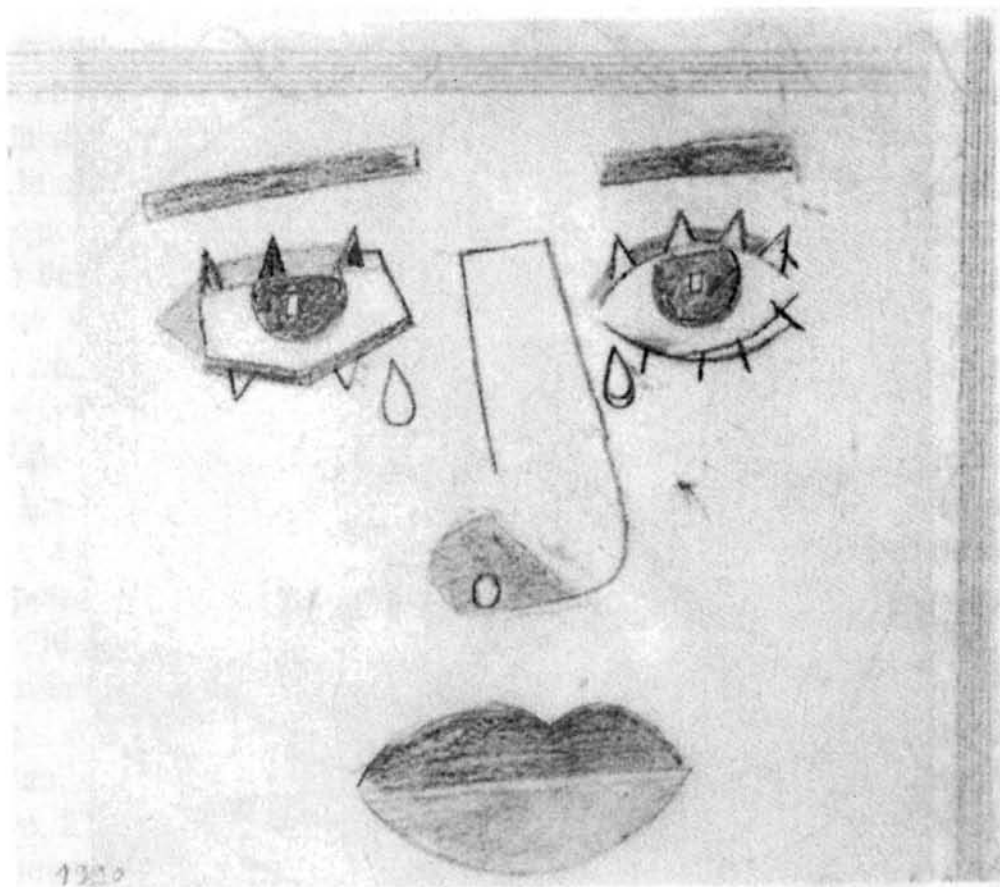
dría refutar: eso ocurre en todos los tipos de creación literaria; siempre la temática es infinita. La afirmación se puede compartir sin objeciones. No obstante, conviene señalar que el infinito no es único y no todos son idénticos. Los números naturales son infinitos. Entre ellos hay pares e impares. Parece lógico admitir que en el infinito de los números naturales, la mitad son padres y la otra mitad impares. Pero tanto los pares, como los impares, separadamente, también son infinitos. Bien, todos los géneros literarios disponen de temas infinitos; pero la «infinitud» del ensayo es más extensa que las correspondientes a los demás géneros, porque los comprende también a ellos como posibles asuntos literarios.

En otro aspecto, el ensayo utiliza como materia del texto la experiencia creadora que el autor está viviendo al escribir. La novela incorporó este recurso en el siglo XX. Con esta técnica, el novelista toma su proceso creativo como contenido de la novela. Esta actitud, reciente en la narrativa, es propia del ensayo desde sus orígenes. En la búsqueda de su expresión el autor de ensayos prueba todas sus posibilidades. Además de la reflexión aplicada a un motivo, cada ensayo se «ensaya» a sí mismo, experimenta el alcance de su potencia, arriesga la prolongación de sus límites. Todo texto ensayístico, cualquiera sea el tema que desarrolle, contiene también una teoría del ensayo.

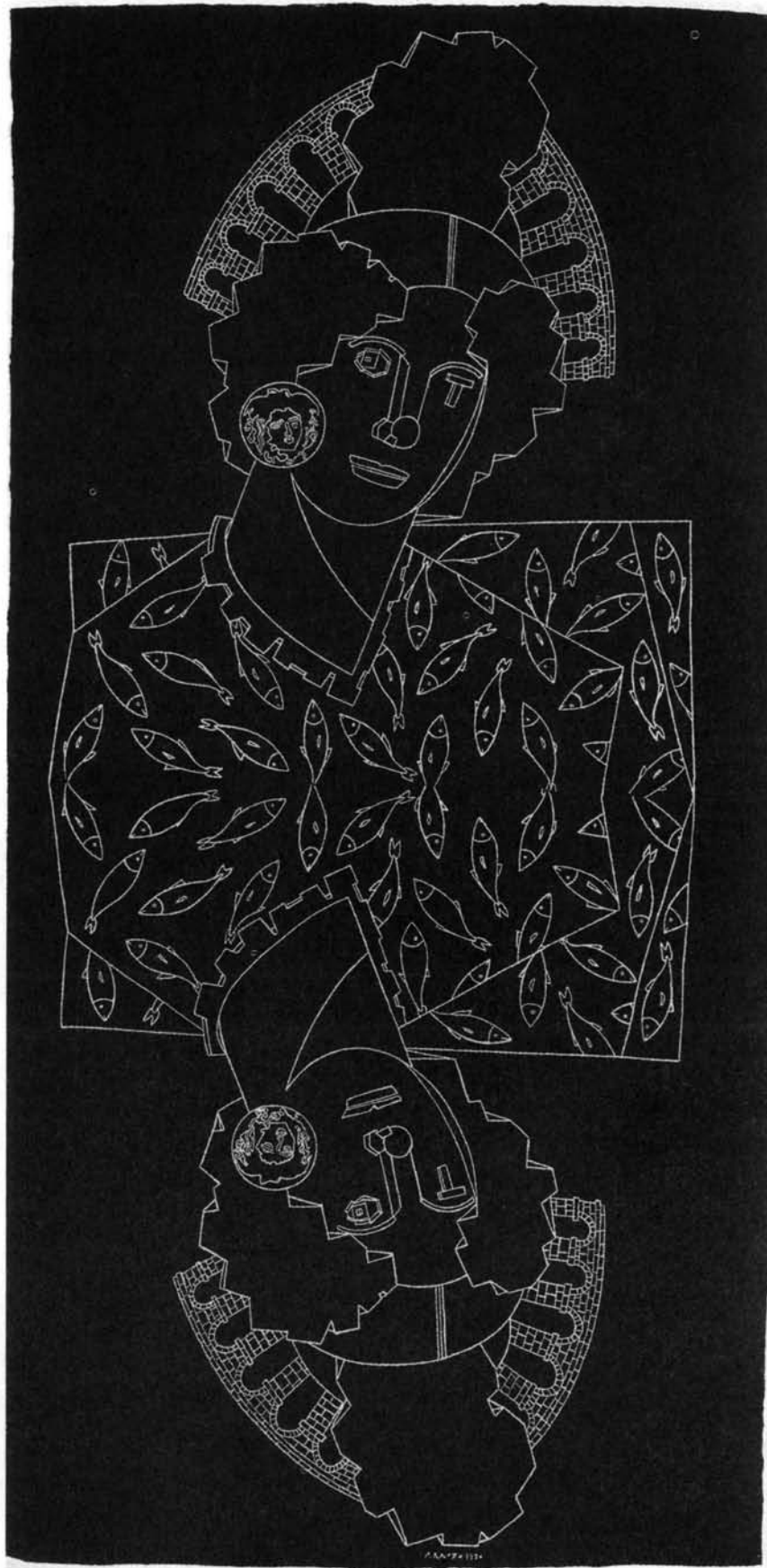
Bibliografía

- CARBALLO PICAZO, A.: *El ensayo como género literario*. Revista de Literatura, Madrid, 1954.
- CASTAGNINO, Raúl H.: *Miniensayo sobre el ensayo*. Folleto sin indicación de edición.
- CLEMENTE, José E.: *El ensayo*. Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1961.
- ELISSALDE, Enrique: «Historia, delimitación y perspectivas del ensayo». Revista *Razón y fábula*, n° 10, Bogotá, 1968.
- KOVADLOFF, Santiago: «El ensayo en el espejo». Revista *La Mirada* n° 2, Buenos Aires, 1989.
- LANCELOTTI, Mario A.: «Apuntes sobre el ensayo». Diario *La Prensa*. Buenos Aires, 28 julio 1978.
- MAZZEI, Ángel: «Notas sobre el ensayo en la Argentina». Revista *Meridiano* n° 3, Buenos Aires, 1978.
- MEAD, Robert G.: *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. Ediciones De Andrea, México, 1956.

- PERCIA, Marcelo (comp.): *Ensayo y subjetividad*, Eudeba, Buenos Aires, 1998.
- SAN JUAN, R. A.: *El ensayo hispánico*. Madrid, 1954.
- SEBRELI, Juan José: «Reflexiones sobre el ensayo». Revista *Aleandría* n° 1, Buenos Aires, 1982.
- VICTORIA, Marcos: *Teoría del ensayo*. Emecé, Buenos Aires, 1975.
- VITIER, Medardo: *Del ensayo americano*. Fondo de Cultura Económica, México, 1945.



Conchita Piquer 1990, Lápiz s/papel 21 x 24 cm



Alegoría de Tarragona lápiz/papel 194 x 95,5 cm